

Introducción

Fiel al método viquiano que en la historia favorece los fragmentos, los residuos, los descartes, mi lectura de Vico siempre ha preferido los motivos descuidados y eliminados de su pensamiento, que he releído libremente buscando sobre todo hacerlos resonar en el horizonte actual del pensamiento. Siempre me he movido en ese vasto territorio intermedio que se abre entre la adhesión y la «profanación», para decirlo con Giorgio Agamben, entre la norma y el desvío.

En el fondo de mi interés hacia el pensamiento de Vico siempre ha estado el intento de hacer emerger de su obra y de su contexto histórico, a veces incluso de manera temeraria y forzando un poco la mano, algunas razones de fondo para intentar restaurar su vitalidad y, sobre todo, para tratar de hacer que actúen aquí y ahora, en nuestro presente.

Partiendo de una sustancial adhesión metodológica al pensamiento viquiano, que en la historia del pasado prefiere los descartes, los residuos, los fragmentos, utilizándolos a su gusto como si fuera un «bárbaro», entre los pliegues de su pensamiento también yo me encuentro prefiriendo los restos, los jirones, los motivos descuidados y eliminados, que puedo así releer libremente, de una manera desencantada, combinarlos juntos y hacerlos resonar, incluso en la distancia, en el horizonte actual de la reflexión.

En este sentido, los ensayos que presentamos aquí se pueden entender como tentativas de penetrar en el corpus textual viquiano para tratar de escuchar sus palabras y pensar lo que la tradición ha dejado impensado. Y esto en la convicción de que solo en el recogimiento de la plenitud de su pensamiento se realiza la entera riqueza de sus posibilidades y se perciben las posibles resonancias con nuestra época.

En la conciencia de que, como escribió el gran historiador del arte Edgar Wind, «el pasado no es destruido por el presente, sino que sobrevive en él como una fuerza latente», podríamos decir que

Vico es como una gran fuerza latente, que sobrevive poderosamente en nuestro presente.

Entonces, ¿qué es lo que guía estos ensayos, estas probaturas vichianas aquí recogidas? ¿Qué encuentro en la obra de Vico para extraerlo y hacerlo jugar aquí y ahora en las tramas de nuestro tiempo?

Con algunas fórmulas sintéticas, que se irán explicando de manera gradual a lo largo del texto, podríamos decir que estos ensayos intentan configurar la imagen de un filósofo multifacético que se presenta, al mismo tiempo, como el padre fundador de la estética moderna, como un muy fino teórico del cuerpo, como un gran pensador barroco y como oculto inspirador de lo que hoy se llaman estudios culturales.

Ante todo, lo que me llamó la atención desde la primera vez que lo leí, hace más de treinta años, fue el motivo de lo corpóreo, el tema del cuerpo, que es un elemento completamente descuidado, desaparecido por mucho tiempo de la historiografía filosófica, aunque central y vital para nosotros hoy, sobre el que se han concentrado desde el principio mis investigaciones.

Vico siempre ha sido considerado, con razón, el pensador de los orígenes. Pero los orígenes en él no se entienden, sin embargo, como algo elevado, sublime y noble, como si estos fuesen la Edad de oro. De hecho, por el contrario, precisamente por ese peculiar enfoque suyo de la historia que puede definirse brevemente como *genealógico*, por el cual se puede comprender su significado reconstruyendo el proceso de generación, las fases primarias de su desarrollo investigando el origen, los orígenes aparecen más bien como una cosa tosca, bárbara, literalmente bestial. Vico carece de cualquier forma de nostalgia romántica por un mundo perdido desesperadamente. Volver a los orígenes, investigar el principio, desde esta perspectiva, no puede significar más que servirse de los instrumentos más adecuados para tratar de sacar a la luz los aspectos más lejanos, ocultos y remotos del pensamiento, aquello que presenta los caracteres de la oscuridad, de la obscenidad, de la violencia, lo que tiene que ver con la dimensión propia del sentido, con las pasiones, con las pulsiones bestiales, con los instintos que hunden sus propias raíces en el cuerpo.

Por lo tanto, es necesario tomar en consideración los residuos, los fragmentos, los «añicos» de humanidad, como los llama Vico, es decir, lo que generalmente se considera secundario e inesencial, o sea, los mitos, las leyendas, las costumbres, formas de decir y creencias populares, valiéndose del estudio de las lenguas, la etimología, la retórica, valorando al máximo la contribución de las facultades sensibles y perceptivas, como la memoria, la fantasía o el ingenio.

En este sentido, el tiempo de los orígenes no tiene en sí ningún significado esotérico u oculto, no representa nada de puro y sutil, sino que tiene que ver con la dimensión propia del sentido, siempre ha estado involucrado con la evidencia propia del cuerpo. En esta perspectiva, el tiempo de los orígenes es más bien el lugar de la procedencia, y la procedencia, como recuerda acertadamente Foucault, siempre ha tenido que ver con el cuerpo.

¿Pero de qué cuerpo hablamos? En Vico se trata, en general, de un cuerpo entendido como un conjunto de intuiciones perceptivo-memorístico-imaginativas, un cuerpo, por tanto, *originariamente estético*, porque es una unidad viviente de sentido en el que hunden las raíces esas facultades memorísticas, fantásticas e ingeniosas a partir de cuya elaboración toma forma una sabiduría poética que es inmediatamente mítica e histórica al mismo tiempo.

Esta centralidad del cuerpo está bien presente y atestiguada a lo largo de todo el arco de su pensamiento, desde las obras juveniles hasta la madura obra maestra de la *Ciencia nueva*, donde el cuerpo se convierte en el paradigma básico de una nueva visión del mundo y de una filosofía que crece y se construye en torno al mismo. Desde este punto de vista, la obra maestra viquiana podría leerse como una larga reflexión sobre el cuerpo, sobre las facultades que se derivan de él, sobre la sabiduría que se origina en el cuerpo y sobre el pensamiento que el cuerpo mismo nunca deja de mirar.

De acuerdo con esta centralidad del cuerpo, el viquiano *pensar poético* nunca es un pensar abstracto y «espiritualizado», sino muy vívido y «corpulento», representa un tipo de conocimiento *incorporado*, por así decir, arraigado en el cuerpo, por lo tanto, capaz de defender los peculiares derechos de la sensibilidad y de la corporeidad,

de las facultades fantásticas e ingeniosas que se originan de él, y de una gnoseología capaz de valorar plenamente sus razones.

Desde este punto de vista, la dimensión de la corporeidad, con todos sus amplios matices semánticos, que asume un papel imprescindible en la nueva visión del saber y del conocimiento propuestos por la reflexión de Vico, también parece indicar la posibilidad de una nueva modalidad de pensar con el cuerpo, lo que nos recuerda, por otra parte, que cuando reflexionamos con mente pura siempre debemos tener en cuenta ese cuerpo que nosotros mismos somos, ya que nosotros mismos no somos más que una unidad de «mente, cuerpo y habla» (SN44: 1045).

Por lo tanto, es en esta perspectiva general, en mi opinión, donde nace el vínculo con la disciplina de la estética, que si realmente quiere decirse tal, es decir investigar filosóficamente la esencia de nuestras experiencias perceptivas, memorísticas y creativas en un sentido amplio, no puede ser mas que una teorización del cuerpo y por eso, por tal razón, debe tomarse en serio la reflexión viquiana y reconocer en ella una contribución teórica de grandísimo relieve, que se pone precisamente en el lugar de origen de la estética moderna propiamente dicha.

En varios lugares y varias veces, he insistido en sostener cómo en la reflexión viquiana, justamente a través de la exaltación de las facultades corpóreas, sensibles y perceptivas, la revalorización de los componentes fantásticos, memorísticos e ingeniosos, se pone netamente en claro por primera vez en la modernidad este nexo entre cuerpo y teoría estética, reivindicando la independencia y la plena legitimidad especulativa de la dimensión del sentir y del universo fantástico y poético en el que hunde sus propias raíces, constituyendo así una contribución fundamental para el nacimiento de la estética como disciplina filosófica moderna. Donde, sin embargo, hay que entender la estética no en la acepción tradicional de específica doctrina filosófica que se ocupa de lo bello y del arte, sino en sentido etimológico, pero también en un sentido más amplio, como reflexión general sobre las formas de la sensibilidad, como una teoría del sentir.

La reflexión estética viquiana siempre se me ha aparecido como una reflexión unitaria en la que se reconocen los peculiares derechos de la sensibilidad, a través de la exaltación de las facultades corpóreas, sensibles y perceptivas, la puesta en valor de la fantasía, de la memoria, del ingenio como categorías cognoscitivas: se afirma, por tanto, en conjunto, el valor del conocimiento fantástico y sostenido por su plena legitimidad teórica.

En este sentido, se puede decir que la reflexión estética viquiana, completamente realizada en la *Ciencia nueva*, pero ya anticipada en las obras precedentes, constituye uno de los principales momentos de elaboración filosófica que contribuyen al nacimiento de la estética en la acepción moderna del término, representando así el fundamento oculto, descuidado, y sin embargo decisivo, antes de que la estética moderna fuese oficialmente bautizada con este nombre e incluso antes de que Kant le hiciese la «crítica», por así decir, elevándola al rango de disciplina filosófica junto a las otras. Afirmando, en síntesis, la plena dignidad y legitimidad especulativa del universo fantástico e ingenioso y moviéndose, sobre todo, hacia una teorización estética que identifica en el cuerpo el propio núcleo significativo, la reflexión viquiana representa, en efecto, un primer intento completo de definición del horizonte teórico de la estética moderna⁸.

Ahora, se reconoce que este vínculo de Vico con la estética es un «descubrimiento» identificado por primera vez por Benedetto Croce, pero esta realmente feliz intuición crociana en mi interpretación se retoma para ser deconstruida y *distorsionada*, vuelta así contra el propio Croce. Porque parece tanto más sostenible y verdadera cuanto más se aleja de la impostación neoidealista que la sostiene.

De hecho, desde mi punto de vista, la estética de Vico no representa el punto de partida del Romanticismo, el «siglo decimonónico en ciernes» o la fase auroral de la vida del espíritu, como quería Croce en clave idealista, sino más bien el punto de llegada del Barroco, es decir, de una nueva filosofía del sentir reunida en torno a

8. La idea de Vico como padre de la estética moderna se desarrolló inicialmente en el volumen Patella (1995).

la centralidad del sentido, del cuerpo y del ingenio. No se trata de entender la estética crocianamente como una peculiar teoría de la poesía o forma del espíritu, sino viquianamente, como una reflexión filosófica sobre los aspectos sensitivos, afectivos, perceptivos de la experiencia, y, por consiguiente, globalmente como una reflexión sobre el cuerpo y sobre la dimensión del sentir que está en el centro de la cultura del Barroco.

Con su *lógica poética*, que acoge, repiensa y hace propia la mejor tradición filosófico-poética de los siglos XVI-XVII, transformándola a la luz de una fundación filosófica fuerte; que sanciona —como hemos visto— el nacimiento de la estética moderna, Vico encarna la síntesis filosófica última del Barroco⁹, el culmen teórico de esa cultura interpretada magníficamente por el jesuita aragonés Baltasar Gracián, que hace del ingenio su principio dinámico. El ingenio es facultad sintética e inventiva, capaz de encontrar relaciones inéditas entre las cosas, de unir y poner juntas cosas diversas y distantes, produciendo tanto deleite por la sorpresa de los acercamientos como nuevo conocimiento. Pero el conocimiento solo puede partir de los sentidos, y es exactamente en torno al centro focal representado por la categoría del *sentido* como pueden ser leídas las principales formas culturales barrocas¹⁰, por lo que se puede hablar de una general rehabilitación del sentido gracias a la cual la sensibilidad resulta investida de nuevos significados, no ya entendida como mera pasividad, sino como dimensión central del pensar y del conocer, a la que se le confiere la plena dignidad de la idea. De aquí también la progresiva afirmación de un sentido corporal y corpulento de la reflexión, de una sensibilidad reflexiva y de una filosofía del sentido, por así decir, por el cual el viquiano *advertir* «con ánimo perturbado y conmovido» no solo se convierte en un momento indispensable

9. Sobre el movimiento «barroco» del pensamiento viquiano reenvío a Patella (2005).

10. En su importante trabajo *La cultura del Barocco*, J.A. Maravall (1985: 107) escribe: «La cultura barroca es un pragmatismo, de base más o menos inductiva, ordenado por la prudencia». Sobre los caracteres de la cultura barroca véase también el exhaustivo trabajo de Battistini (2000).

también del *reflexionar* «con mente pura», sino que adquiere una legitimidad propia y una autonomía sin las cuales no se daría propiamente ni poesía ni tampoco historia y civilización.

El pensamiento abierto y multipolar de Vico, que mantiene ingeniosamente juntos elementos diversos y distantes, se inserta perfectamente en esa sistemática multipolaridad que es la forma propia del Barroco. Vico es así, contemporáneamente hijo, heredero y testigo altísimo de esa experiencia cultural polifónicamente articulada en la que conviven, en un especialísimo crisol, lo antiguo y lo moderno, lo viejo y lo nuevo, el microcosmos y el espacio infinito. Una cultura en la cual trascendencia e historia, filosofía y filología, teología y ciencia, verdadero y cierto, reclamándose de forma recíproca, viquianamente *se convierten*. De este modo, nos encontramos frente a un pensador, si no cronológicamente ligado a la edad barroca, sí, empero, en la extrema conciencia teórica del Barroco, en su punto máximo de llegada, en su consumación filosófica. Y, puesto que, como sostenía Nietzsche, es en la consumación donde se revelan las raíces, quizá es justamente con Vico con quien se manifiesta la esencia más verdadera del Barroco mismo.

La posibilidad de interpretar a Vico en clave barroca no debe ser considerada sin embargo como algo que mira al pasado, desde el momento en que si hoy interrogamos el pensamiento de Vico lo hacemos no por un mero gusto anticuario, sino —como decía al inicio— con la intención de lanzar luz sobre las cuestiones filosóficas que más nos acucian y que agitan nuestro tiempo. Y en tiempos de retorno del interés en las comparaciones con el Barroco, como resultado más interesante incluso que algunas formas de la reflexión contemporánea¹¹, se podría pensar en una actualizada terapia viquiana, o quizá, por así decir, «neobarroca», basada en los principios de la historicidad y de la flexibilidad, en el redescubrimiento de los

11. No hace demasiado Gilles Deleuze (1988), en el contexto de la interpretación del pensamiento de Leibniz, relanzó sugerentemente la categoría de barroco como clave de lectura de diversas expresiones culturales contemporáneas y avanzó la idea de un «neobarroco» filosófico como nuevo paradigma interpretativo.

derechos de la corporeidad y de la sensibilidad y en el potenciamiento de las facultades conectivas como la fantasía, la memoria y el ingenio, capaz de configurar una nueva visión del saber, fundada en la aportación paritaria de las diversas facultades y disciplinas humanas, dando vida a una experiencia distinta de la racionalidad, más amplia y articulada que la tradicional, y a una experiencia diferente de la modernidad misma.

En este sentido, se podría decir que cuanto más nos esforzamos en colocar a Vico en su tiempo, en la cultura en la que ahonda sus raíces, tanto más llegamos a darnos cuenta de su sorprendente actualidad. No se trata, de hecho, de hacer de Vico un anticipador, un precursor, ni tampoco un pionero, un caballero solitario, sino más bien de interpretarlo como un pensador que suministra respuestas a problemas que son todavía nuestros, respuestas a estos problemas que se revelan de extraordinaria actualidad.

Ahora, siempre en deferencia de la estrategia barroca del ingenio, que consiste en aproximarnos lo distante conservando sin embargo su lejanía, las últimas investigaciones viquianas que presentamos aquí han llegado finalmente a proyectar al pensador barroco sobre el escenario cultural contemporáneo, acercando la visión del saber y de la cultura que emerge de la obra viquiana a la perspectiva de investigación avanzada en los últimos años por el universo de los llamados estudios culturales.

Partiendo del presupuesto de que la obra de Vico representa un punto de referencia imprescindible no solo en el ámbito de la historia de la cultura de todos los tiempos, sino además de gran actualidad todavía hoy para cuantos consideran la cultura ya sea como objeto o como método de estudio privilegiado, no es difícil acercar la reflexión viquiana a la perspectiva de investigación que se resume bajo el nombre de *cultural studies*, sobre todo si se estudian temas como ingenio, tóptica, imagen, cuerpo, poder, autoridad, por citar solo algunos, que resuenan ampliamente en el panorama de los estudios culturales y en el horizonte global de la reflexión contemporánea, haciendo así de Vico uno de los lejanos padres fundadores de este tipo de estudios.

En el ámbito de los *cultural studies*, donde se ha teorizado, por ejemplo, en el concepto de «articulación», me parece que pueden individuarse las trazas más evidentes de la teorización del ingenio barroco y del método tópico viquiano, avanzando la idea de que para producir nuevas fronteras de investigación es preciso proceder mediante la feliz conexión de elementos de naturaleza diversa, que pueden ser aproximados y entrar en relación en determinadas circunstancias y en particulares condiciones, con la restricción de salvaguardar su diferencia. Y esto vale sobre todo para las investigaciones de frontera, que a menudo parecen tanto más originales e innovadoras cuanto más se inclinan hacia las zonas marginales y los confines más alejados de los conocimientos tradicionales.

Desde esta perspectiva general, podría por tanto concluirse que, una vez más, desde lo más profundo de la cultura barroca, todo lo contrario de oscura y polvorienta, Vico habla de un modo insospechado a la sensibilidad contemporánea, contribuyendo así a delinear los trazos de una nueva práctica cultural y a suministrar una preciosa contribución para repensar nuestra actual condición cultural.

En resumen, se trata de pequeños ensayos viquianos, *parva vi-chiana*, precisamente, pequeñas tentativas al margen de una excavación e investigación más amplia que he realizado a lo largo de los años en varios lugares y que, sin embargo, requiere que se comience de nuevo constantemente a la luz de nuevas sugerencias y nuevas perspectivas.